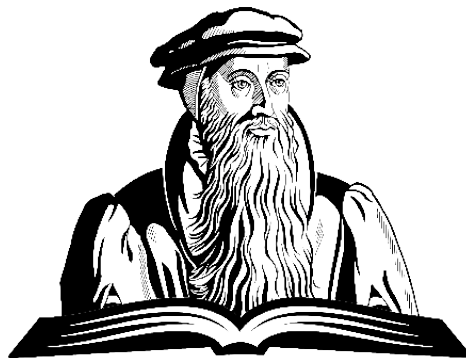

MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: EL PADRENUESTRO

Ponente: Gerald Procee PhD

**LECCIÓN 7:
PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS
COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS
A NUESTROS DEUDORES**



The John Knox Institute
of Higher Education

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto John Knox de Educación Superior

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Rev. Gerald Process es pastor del Evangelio en la iglesia Christelijke Gereformeerde de Middelharnis, en Holanda.

Módulo

EL PADRE NUESTRO

Presentado en 14 Lecciones y llamado:
LA BELLEZA DE LA ORACIÓN

Dr. Gerald R. Procee

1. Introducción: Fundamento Bíblico y Bosquejo del Curso
2. Padre Nuestro Que Estas en Los Cielos
3. Santificado Sea Tu Nombre
4. Venga Tu Reino
5. Hágase Tu Voluntad, Como en El Cielo, así También en La Tierra
6. El Pan Nuestro de Cada Día Dánoslo Hoy
7. **Perdonanos Nuestras Deudas Como También Nosotros
Perdonamos a Nuestros Deudores**
8. No Nos Metas en Tentación, Más Libranos del Mal
9. Porque Tuyo es El Reino, y El Poder, y La Gloria
10. Amén
11. Cuestiones Practicas Sobre La Oración
12. La Vida de Oración de Los Pastores
13. Dificultades en La Oración
14. Bendiciones de La Oración

Lección 7

PERDONANOS NUESTRAS DEUDAS COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A NUESTROS DEUDORES

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 7

Bienvenido a esta lectura, la número siete, de las series sobre la belleza de la oración.

Todos los días transgredimos los mandamientos de Dios. Todos los días fallamos y, por lo tanto, el Señor Jesús nos enseña a orar: “Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”.

“Perdónanos nuestras deudas”, esto por supuesto significa que recibiremos perdón por los pecados que cometemos contra Dios porque el hombre necesita perdón, la remisión de todos sus pecados; la escritura es muy clara al respecto. En el Salmo 14:1: “Dice el necio en su corazón: No hay Dios. Se han corrompido, hacen obras abominables; no hay quien haga el bien”. Esto se repite en Romanos 3:10: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno”. Muchos textos nos refieren al hecho de que somos personas pecaminosas. Salmo 130:3: “JAH, si mirares a los pecados, ¿Quién, oh Señor, podrá mantenerse?”.

Todas las leyes de los sacrificios en el Antiguo Testamento nos señalan la necesidad de que el hombre debe recibir el perdón de los pecados. Y luego, Juan el Bautista predicó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). El Señor Jesús es el cumplimiento de todos los sacrificios del Antiguo Testamento, hay que traer un sacrificio porque hemos pecado contra Dios. Ese es el principal problema del hombre: el pecado. Ese es nuestro mayor problema en la vida. El pecado siempre está vivo, pero el pecado nos lleva a la muerte y a la miseria.

Y así, diariamente crecen nuevos frutos amargos del árbol del pecado. Por eso, el Señor Jesús nos enseña a orar: “Perdónanos nuestras deudas”. Diariamente estamos llamados a confesar nuestros pecados ante el Señor. Y diariamente debemos reconocer nuestra corrupción ante Él. En nosotros mismos, somos carnales, vendidos al pecado. Por lo tanto, es un milagro que el Dios Todopoderoso y Santo todavía esté dispuesto a escucharnos. Por eso, estamos llamados a humillarnos realmente y confesar nuestros pecados.

Y al hacer eso, debemos ser muy concretos. Debemos mencionar ciertos pecados que hemos cometido. Debemos confesar ante el Señor nuestros pecados diarios, las palabras que hemos dicho y que no debimos haber dicho, actitudes pecaminosas hacia nuestras esposas o hijos o hacia nuestros esposos.

Del mismo modo, debemos confesar nuestra inclinación natural al mal. Debemos confesar nuestra corrupción natural, que hemos pecado en Adán. Ahí es donde el pecado comenzó en nuestras vidas. Y ahora tenemos naturalezas que tienden a odiar a Dios y a nuestro prójimo. Nuestro entendimiento se oscurece y quedamos

ciegos para con Dios y Su honor. En realidad, las cosas del Espíritu de Dios son locura para el hombre natural porque deben discernirse espiritualmente.

Es necesario confesar la terquedad de nuestra voluntad y que no obedecemos la voz de Dios. Incluso las imaginaciones de los pensamientos de nuestros corazones son malas (Génesis 6:5) y ha sido así desde nuestra juventud. Debemos poner nuestro afecto en las cosas celestiales, pero a menudo miramos las cosas de este mundo y estas llenan nuestras vidas y seguimos fácilmente el engaño y la vanidad. Hemos abandonado la fuente de agua viva. Además, en nuestras inclinaciones naturales, preferimos vasijas rotas que no pueden contener agua.

Incluso podemos haber sido criados en una iglesia cristiana, pero puede ser que nuestros corazones no estén bien ante Dios, que aún no estamos dispuestos a inclinarnos y rendirnos al Señor, entonces hemos sido plantados como árboles en el jardín del Señor, pero no hemos dado fruto. Somos estériles y merecemos ser arrojados al fuego. El Señor ha buscado fruto y nosotros hemos traído un fruto malo.

Entonces, esta es nuestra naturaleza pecaminosa. Y esto es lo que debemos confesar ante Dios. Al ser muy concretos en la confesión de nuestros pecados, también nos daremos cuenta de cuán necesario y cuán maravilloso es el hecho de que Dios perdona los pecados. Y cuando experimentamos el perdón de los pecados y confesamos nuestras deficiencias ante Dios, al mismo tiempo, también debemos pedir gracia para luchar contra los pecados para no cometerlos nuevamente.

Estos son los grandes asuntos en la vida que pueden molestar a una persona: Su pecado, su iniquidad. Oh, si nos enfocáramos en este asunto, ¿cuánto hay en nuestras vidas que no deberíamos simplemente pasar por alto, sino centrarnos en eso por un momento? Qué impacientes podemos ser. Oh, que puede que estallemos en ira injusta. Puede que tengamos corazones codiciosos. Que deseemos las cosas del mundo. Puede que haya orgullo dentro de nosotros. Puede que seamos desagradecidos con Dios por Su bondad. Puede que murmuramos bajo las aflicciones. Puede que desconfiemos del Dios viviente. Puede que seamos duros con nuestro prójimo. Puede que seamos indiferentes a sus necesidades. Puede que juzguemos a quienes nos rodean. Puede que seamos perezosos, espiritualmente hablando. Y el retroceso y la tibieza pueden aparecer. ¿Quién puede controlar su lengua? Los hombres deben dar cuenta por cada palabra ociosa que dicen. Y así, por nuestra actitud, por nuestras obras y por nuestras palabras, todos estamos condenados.

Y sabes, el pecado nunca ha hecho a una persona feliz. Nadie queda contento como resultado del pecado en su vida. La mayor alegría es honrar a Dios. Pero no honrar a Dios es una gran miseria. Entonces, los pecados son una realidad en nuestras vidas y lo encontramos repetidamente en las Escrituras. El Señor nos acusa de nuestra naturaleza pecaminosa. El Señor incluso tiene que quejarse de Su pueblo, Israel, de haberlos criado. Él dijo: “Oíd, cielos, y escucha tú, tierra; porque habla Jehová: Crié hijos, y los engrandecí, y ellos se rebelaron contra mí” (Isaías 1:2). Y ese es nuestro dolor en la vida diaria. Esto es lo que hizo que el apóstol Pablo gimiera: “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Romanos 7).

Leemos en las Escrituras que muy a menudo el pueblo de Dios confiesa sus pecados. Sí, no solo los inconversos que se presentan ante el Señor con arrepentimiento, sino también el pueblo de Dios después de haber caído en pecado. Mira a David, un hombre conforme al corazón de Dios. En 2ª de Samuel 24:10 confiesa: “Yo he pecado gravemente por haber hecho esto; mas ahora, oh Jehová, te ruego que quites el pecado de tu siervo, porque yo he hecho muy neciamente”.

Y el sacerdote piadoso, Esdras 9:6 dice: “Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, oh Dios mío, mi rostro a ti, porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre nuestra cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo”.

Escuchamos de Daniel en Daniel 9:5: “Hemos pecado, hemos cometido iniquidad, hemos hecho impiamente, y hemos sido rebeldes, y nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus ordenanzas”. Daniel no dice “la gente hizo eso” o “nuestros padres hicieron eso”, sino, “lo hemos hecho”. Se incluye a sí mismo y no está exagerando. Él sabe que hemos pecado.

Así mismo, el apóstol Pablo dice: “Porque yo soy el más pequeño de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la iglesia de Dios”, en 1ª de Corintios 15:9. Aunque Dios ha perdonado ese pecado, esa conciencia de ese pecado aún permanece en él. Eso le da oportunidad de tener humildad.

Observa también a Lucas 15 donde el hijo prodigo dice: “Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (versículo 21). Solamente podemos suplicar por el perdón de

nuestros pecados debido a la obra terminada del Señor Jesús. Romanos 3 dice: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Romanos 3:23–24).

También, el apóstol Juan dice en 1ª de Juan 1 y 2: “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros... si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Y él es la propiciación”, el pago, “por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1ª de Juan 1:8–10 y 1ª de Juan 2:1–2).

Así que, las Escrituras son muy clara en que recibimos el perdón de nuestros pecados a través de la sangre del Señor Jesucristo. Por eso, debemos confesar nuestros pecados en la oración.

Puede ser que sigas viviendo fuera de Cristo, que no seas un hijo de Dios, que no estés reconciliado con Él. Y en cualquier momento, Dios puede sacarte de esta vida mientras aún estas en tus pecados. Estás colgando de un hilo sobre el pozo del infierno, y seguramente caerás en el infierno si mueres sin reconciliarte con Dios. Necesitas arrepentirte. Necesitas creer en el Señor Jesucristo. Necesitas a Dios, el Espíritu Santo, para que te convenza, te atraiga y te salve. Debes estar unido a Cristo. Debes ser partícipe de Cristo y de todas Sus bendiciones. Y así serás salvo y justificado. Cree en el Señor Jesucristo y tus pecados serán perdonados.

Una vez que has sido llevado a confiar en el Señor Jesucristo, tus pecados son perdonados y estás incorporado en Cristo. Has sido declarado justo ante los ojos de Dios. Eres un heredero del cielo y la vida eterna ya está dentro de ti. El apóstol Pablo dice en 1ª de Corintios 6:11: “Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios”. Y este es el maravilloso intercambio, la gloriosa bendición: Que Dios les da a los pecadores perdidos una nueva vida, la esperanza es verdadera.

Por eso, el apóstol se regocija en Efesios 1:6–7: “Nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia”. Esa es una maravillosa realidad para un hijo de Dios.

Pero, ¿por qué entonces el Señor Jesús enseña aquí a Sus hijos a orar cada día: “Perdónanos nuestras deudas”? Las personas que creen en el Señor Jesús tienen corazones que ahora son guiados a buscar a Dios. Ellos aman a Dios y desean andar en Sus caminos. El Espíritu Santo los está guiando en una vida de devoción a Dios. La inclinación de sus corazones ha cambiado. Hay una nueva naturaleza dentro de ellos y sus pecados han sido perdonados. Sin embargo, el Señor Jesús los llama a orar diariamente: “Perdónanos nuestras deudas”. ¿Por qué tenemos que seguir orando así? Porque, todavía, los hijos de Dios pecan todos los días y, cada día, continúan violando las leyes de Dios. No pueden guardar ni siquiera uno de los mandamientos de Dios en su totalidad. Por eso, necesitan reconocer ante Dios que todavía pecan.

Deben confesarlos porque deben confesar quiénes son y lo que hacen. De ese modo, deben pedirle a Dios que perdone Sus caídas y tropiezos diarios. Y al mismo tiempo, le piden gracia a Dios para luchar contra el pecado, contra el diablo y todo su dominio. Necesitan ser guiados a una vida de dedicación al Señor.

Por eso necesitan orar todos los días: “Perdónanos nuestras deudas”. Necesitan reconciliarse con Dios después de haber caído en pecado y, como ya sabes, por esa razón el Señor Jesús se vuelve cada vez más precioso para nosotros. Porque cada día, nos volvemos a dar cuenta de que es por causa de Cristo que nuestros pecados son perdonados. Lo necesitamos todos los días.

Entonces, esta petición, “perdónanos”, es el aliento de un alma creyente. Viene de un corazón que es muy consciente de su propia miseria y pecaminosidad. En ese sentido, se vuelven mansos y humildes de corazón, y confían en el Señor. Y así, esta oración continuará en esta vida hasta nuestro último aliento. Entonces, se transformará en alabanza eterna a Dios, porque en el cielo no habrá más pecado.

Y nuevamente, démonos cuenta de que todo este perdón solo es posible gracias al Señor Jesús y Su sacrificio perfecto. El Señor Jesús pagó por los pecados de todo Su pueblo. Por eso, qué realidad tan preciosa es para ti, conocerlo como tu Sumo Sacerdote a la diestra de Dios que intercede por ti. Él está listo para orar por todos los que vienen a Dios a través de él. Es un Sumo Sacerdote compasivo y precioso, y solo Él puede ser el Sacrificio y el Sacerdote, Él es el pago total de nuestros pecados. Y así, vemos en Cristo que el Señor se deleita en la misericordia, que se deleita en perdonar.

Y así es como se reveló a Moisés. En Éxodo 34:6-7: “Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado”. Dios perdona el pecado. Por eso, el profeta Isaías dice en Isaías 55:7: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar”. Y Nehemías escribe en Nehemías 9:17: “Pero tú eres Dios que perdonas”. Así es Dios. Este es Su carácter y Su deseo. Pero también es un Dios de justicia.

El perdón de pecados, solo es posible a través de la obra terminada de Cristo y Él invita a los pecadores a venir a Él. Isaías 1:8: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”. Nunca digamos que nuestros pecados son demasiado grandes y que nuestras transgresiones son demasiado enormes. Podemos arrojar todos nuestros pecados ante Su trono.

El apóstol Juan nos anima en 1ª de Juan 1:9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. ¿Ves el orden en este texto? Primero, confesamos nuestros pecados y luego recibimos el perdón del pecado. Por lo tanto, si ves pecado en ti, confíesalos. Sin importar que tan grandes sean, confíesalos; y el Señor aún está dispuesto a limpiarte y liberarte. Por eso, el Salmo 32 nos dice: “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado” (versículo 5). El Señor perdona.

El Señor también puede castigar por los pecados. David cometió pecados terribles en su vida, y recibió el perdón, pero aun así fue castigado por ellos. Dios hace eso para que se den cuenta de la enormidad de su pecado, huyan de su pecado y nunca piensen en cometerlo nuevamente. Es por eso que la espada nunca se apartó de la casa de David, por los pecados que había cometido con Betsabé y cómo había dejado que mataran a su esposo, Urías. Pero sus pecados fueron perdonados.

Y así, en todos nuestros fracasos diarios, en todos los descuidos en la vida religiosa, en medio de todas nuestras oportunidades perdidas cuando hemos perdido nuestro tiempo, cuando hemos descuidado las Escrituras, cuando hemos abandonado la oración personal, incluso, cuando hemos puesto excusas para pecar y cuando hemos escuchado al tentador, cuando hemos buscado nuestro propio honor, cuando vemos las sombras del mal mezclándose con todas nuestras actividades diarias, cuando hemos sido severos con otras personas y cuando hemos afligido al Espíritu Santo, debemos orar: “Perdonarás también mi pecado, que es grande” (Salmos 25:11).

Esta debe ser nuestra oración diaria todos los días: “Perdónanos nuestras deudas”. Pero si descuidas esta oración, te volverás orgulloso y presuntuoso, te endurecerás, te volverás indiferente y te encontrarías en un serio retroceso. Dios esconderá su rostro de ti y el Espíritu se apartará de ti. Y el resultado final puede ser que nunca conociste la gracia de Cristo en tu corazón y que todavía estás en tus pecados.

Así que esta petición, “perdónanos nuestras deudas”, solo es posible debido a la obra terminada de Cristo en el Calvario. Oh, deléitate en humillarte a ti mismo delante de Él. Su amor derramado en tu corazón te constreñirá y a los pies de Cristo experimentarás dulzura. Allí verás cuán precioso es el Salvador que se entregó por ti. Y te derretirás en amor y adoración porque Él perdona el pecado, porque sangró y murió en la cruz por ti, soportó las agonías infernales para que nunca tuvieras que estar allí y fue abandonado por Dios para que tú nunca fueras abandonado por Dios. Es Su gloria, Su bondad.

Esto hace que Miqueas en Miqueas 7:18 estalle en adoración: “¿Qué Dios como tú, que perdona la maldad, y olvida el pecado del remanente de su heredad? No retuvo para siempre su enojo, porque se deleita en misericordia”. Este Sumo Sacerdote hace que un nuevo gozo fluya en tu vida cuando has confesado tus pecados y recibes nuevamente el perdón de tus pecados. Tu conciencia es liberada, la bendita paz de Cristo fluye a tu corazón y amas a tu Salvador cada vez más y más. Es por eso que cada día necesitas orar nuevamente: “Perdónanos nuestras deudas”.

En esta petición que dice, “perdónanos nuestras deudas”, podemos ver que, de nuevo, aparece en forma plural. No debemos preocuparnos solamente por nuestros pecados, sino también por los de los demás. Debemos gemir y dolernos por nuestros propios pecados, pero también por los de otros. También debemos confesar los pecados que otros cometen y rogarle a Dios que intervenga en sus vidas y los despierte para que vean su pecado y también los confiesen, y no debemos ser partícipes de los pecados de otros.

No debemos pensar que somos superiores a otras personas. No, debemos suplicar por la gracia de Dios en nuestro propio corazón para que podamos ver cuán pecaminosos somos. Solo así, según nuestro propio juicio, nos

volvemos más pecaminosos que otras personas porque entonces conoceremos nuestros corazones. Y consiguientemente, también nos volvemos humildes al orar por otras personas para que sean liberadas de sus pecados.

Job, ofreció oraciones por los pecados de sus hijos y, ¿No pidió Moisés por el perdón de los pecados de los hijos de Israel? Piensa en cómo Nehemías y Daniel oraron por el perdón de los pecados. Por eso, oramos: “Perdónanos nuestras deudas”. Oramos por los pecados de otros para que el Señor los perdone.

Pero hay algo agregado a esto y eso es que encontramos: “Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. El Señor nos llama a perdonar a los que transgreden contra nosotros. Verás, si necesitamos perdón y le pedimos a Dios que nos perdone por las transgresiones que cometimos contra Él, entonces también debemos estar dispuestos a perdonar los pecados de otros contra nosotros. Todos llegaremos a ciertas circunstancias en la vida donde veremos cómo las personas nos han errado y nuestra naturaleza nos llevará al deseo de venganza y al enojo. Pero el Espíritu de Cristo nos enseña lo contrario. Nos enseña a ser humildes y mansos, a orar por los que nos maltratan; que busquemos su bienestar de todos modos.

El Señor Jesús explica esta necesidad en Mateo 6:14–15: “Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas”. Si no estamos dispuestos a perdonar los pecados de otras personas, Dios no perdonará nuestros pecados.

Y entiende esto, que lo que hemos hecho a Dios es mucho peor que lo que los seres humanos nos han hecho. Y aquí tenemos la prueba verdadera: si lamentamos nuestros pecados, si realmente necesitamos el perdón de Dios y si realmente lamentamos nuestros pecados, entonces también estaremos dispuestos a eliminar la carga de la culpa de otras personas que vienen a nosotros pidiéndonos perdón. Entonces estaremos dispuestos a perdonarlos.

Si has experimentado la gracia de Cristo en tu propia vida y vives a través de Su amor perdonador, también perdonarás a los demás. Es triste decirlo, pero todavía hay muchas personas que se guardan rencor entre sí. Incluso dentro de la iglesia cristiana. Incluso entre los que confiesan conocer la gracia; alguien dice que vive por gracia, y el otro proclama que vive por la misericordia perdonadora de Dios, pero no está dispuesto a mostrarle misericordia a los que lo rodean o no muestra gracia ni es amable con ellos. Eso no puede ser. Eso es absolutamente incorrecto. Cuando te reconoces a ti mismo como pecador, e incluso como dijo Pablo, como el mayor de los pecadores, entonces serás amable y manso con los demás y dirás: “Señor he hecho mucha maldad contra Ti, estoy avergonzado de mí mismo”. Y luego, podrás perdonar a los demás lo que han hecho en tu contra.

Sabes que, si Dios entrara en juicio contra ti, no podrías estar en pie delante de Su trono. Necesitas Su gracia y misericordia. Y cuando te des cuenta de esto, también estarás dispuesto a perdonar a tu prójimo. Dios me perdona mis pecados para que yo también perdone los pecados de los demás. Piensa también en cómo el Señor Jesús oró: “Perdónanos”.

Ahora bien, el Señor Jesús pidió que aquellos que cometieron el mal contra Él recibieran el perdón. Él oró: “Padre, perdónalos”. Él elevó esta oración. Si el Señor Jesús hizo eso, ¿cuánto más deberíamos nosotros orar? Y como Dios nos perdona de inmediato, oremos para que nosotros también perdonemos de inmediato y estemos dispuestos a perdonar de corazón. Debe haber un perdón sincero en nuestro corazón.

No podemos adorar a Dios con un corazón limpio y sincero mientras tenemos una actitud de resentimiento hacia un hermano que nos ofendió. Por lo tanto, pide gracia a Dios para mortificar los rencores que podamos tener y que el Señor nos quite el deseo de venganza. No tenemos que vengarnos nosotros mismos. Si alguien ha hecho mal contra ti, Dios lo verá. Él lo visitará. Es por eso que Pablo dice en Romanos 12:19: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor”. Entonces, incluso podrás sentir pena por los que te lastimaron, y podrás perdonarlos porque si no han encontrado el perdón por sus pecados delante de Dios serán castigados, y sentirás pena por ellos.

Si resistimos y mantenemos un resentimiento, entonces Dios no nos perdonará nuestros pecados. Pero, tal vez, alguien te ha lastimado. ¿Cómo puedes deshacerte de eso? Mirando a Jesús. Donde observas lo que Dios te ha perdonado y cómo ha perdonado a los que lo han ofendido. Entonces Él también te enseñará ese mismo espíritu y te enseñará esa actitud en la vida para que aprendas a orar de corazón: “Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores”. Gracias.